

· JAVIER VILLAFANE ·

CUENTOS Y TEATRO

ILUSTRADO POR ENRIQUE ALCATENA



BUENOS AIRES EDUCACIÓN

BA

PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Gobernador

Dn. Daniel Scioli

Vicegobernador

Lic. Gabriel Mariotto

Directora General de Cultura y Educación

Dra. Silvina Gvirtz

Vicepresidenta Segunda del Consejo General de Cultura y Educación

Prof. Jorgelina Fittipaldi

Subsecretario de Gestión Educativa

Lic. Leonardo Biondi

Subsecretaria de Educación

Mg. Claudia Bracchi

Directora Provincial de Educación Inicial

Prof. Adriana Corral

Directora Provincial de Educación Primaria

Lic. Romina Campopiano

Directora de Educación Especial

Prof. Marta Vogliotti



Javier Villafañe nació en Buenos Aires en 1909 y fue el más grande titiritero argentino. Se inició muy joven –su primera función la dio en 1935– y durante más de medio siglo recorrió Sudamérica con su carreta “La Andariega”, tirada por caballos. Entre sus libros más importantes, que son muchos y todos hermosos, figuran: *Coplas, poemas y canciones*; *El Gallo Pinto* (poesía); *Libro de cuentos y leyendas*; *Los sueños del sapo*; y *Maese Trotamundos por el camino de Don Quijote*. Falleció en 1996.

Agradecemos especialmente a Juano Villafañe, hijo de Javier Villafañe, la generosa colaboración para la publicación de este libro.

ÍNDICE

Prólogo	4
---------------	---

CUENTOS

La vuelta al mundo	5
Cuento que se vuelve a contar	13
Los sueños del sapo	27
El titiritero y la muerte	32

TEATRO

El vendedor de globos	33
Vida, pasión y muerte de la vecina de enfrente.....	39



PRÓLOGO

Javier Villafañe (1909-1996) fue un poeta del camino, pero de todos los caminos. Se pasó la vida viajando por la Argentina y otros países, contando cuentos que inventaba, recitando poemas que le brotaban como agua de manantial y, por si todo eso fuera poco, haciendo títeres.

Fue un maestro, un artista inigualable que fabricaba sus propios títeres y los llevaba a realizar funciones populares, recorriendo ciudades y pueblos con su carreta “La Andariega”.

Cuando en 1967 la dictadura que por entonces gobernaba nuestro país lo censuró, se fue a Venezuela y allá fundó una importante escuela y taller de títeres. Años después, en 1978, viajó a Europa y en España, con un teatro ambulante, recorrió el mismo camino de Don Quijote a través de La Mancha.

En 1984 volvió a la Argentina y acá empezaron a conocerse todos sus libros y todas sus historias, en las que descubrimos un mundo de animales que se humanizan. Ésa es una tradición muy argentina que Don Javier trabajó mejor que nadie: la de los cuentos populares que nos enseñan a comprender el mundo animal, y así amarlos desde la profunda humanidad de una propuesta poética.

No tengo dudas de que ustedes van a adorar estos libros. La colección entera, desde luego, pero en particular estas historias y poemas de quien fue un argentino excepcional.

MEMPO GIARDINELLI

LA VUELTA AL MUNDO

Una vez un chico que se llamaba Santiago salió de su casa en un triciclo para dar la vuelta alrededor del mundo.

Iba pedaleando por la vereda y en el camino se encontró con un perro y un gato y le preguntaron:

—¿A dónde vas, Santiago?

Y Santiago respondió:

—Voy a dar la vuelta alrededor del mundo.

—¿Podemos ir los dos?

—Sí, vengan.

Y el perro y el gato se pusieron detrás del triciclo.



Santiago siguió pedaleando y se encontró con un gallo, un conejo y un caracol y le preguntaron:

—¿A dónde vas, Santiago?

Y Santiago respondió:

—Estoy dando la vuelta alrededor del mundo.

—¿Podemos ir los tres?

—Sí, vengan.

Y el gallo, el conejo y el caracol se pusieron detrás del perro y el gato que iban detrás del triciclo.



Santiago pedaleaba y el triciclo iba a toda velocidad. En el camino se encontró con una hormiga, una vaca, un grillo y una paloma y le preguntaron:

—¿A dónde vas, Santiago?

Y Santiago respondió:

—Estoy dando la vuelta alrededor del mundo.

—¿Podemos ir los cuatro?

—Sí, vengan.

Y la hormiga, la vaca, el grillo y la paloma se pusieron detrás del gallo, el conejo y el caracol que iban detrás del perro y el gato.



Santiago pedaleaba y el triciclo iba a toda velocidad. En una curva se encontró con un camello, una tortuga, un caballo, un elefante y un pingüino y le preguntaron:

—¿A dónde vas, Santiago?

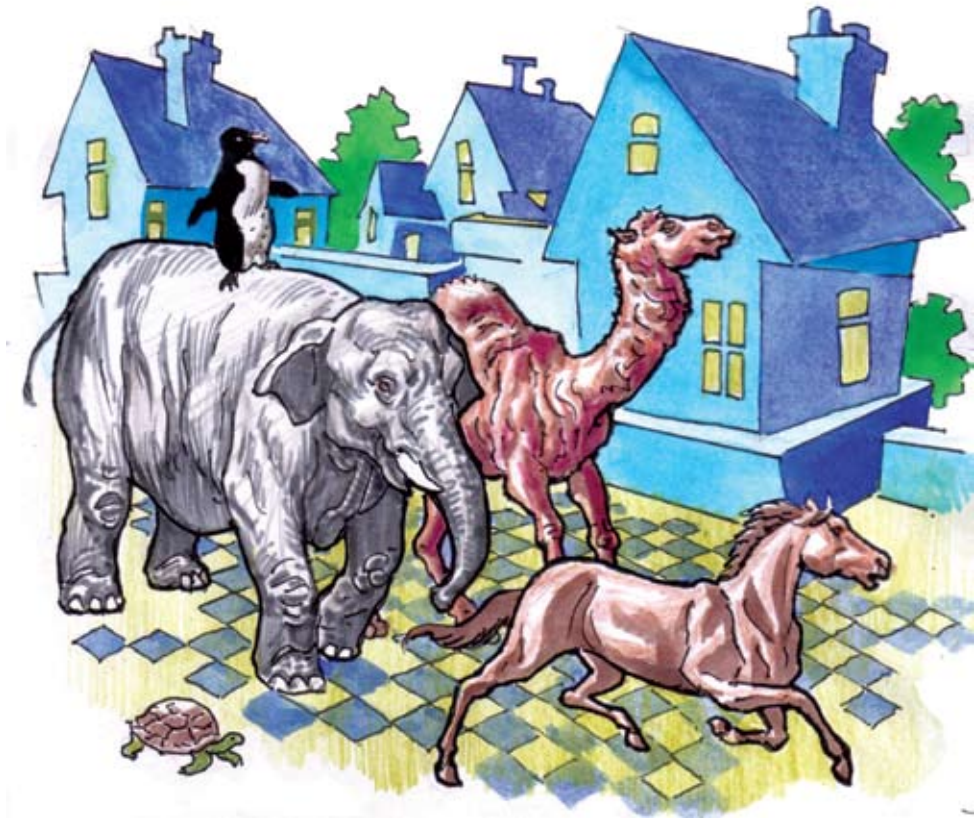
Y Santiago respondió:

—Estoy dando la vuelta alrededor del mundo.

—¿Podemos ir los cinco?

—Sí, vengan.

Y el camello, la tortuga, el caballo, el elefante y el pingüino se pusieron detrás de la hormiga, la vaca, el grillo, la paloma, el gallo, el conejo y el caracol que iban detrás del perro y el gato.



Santiago siguió pedaleando y de pronto frenó el triciclo. Se detuvo para ver un charco que había hecho la lluvia y dijo:

—Es un río que está buscando barcos.

Y el perro, el gato, el gallo, el conejo, el caracol, la hormiga, la vaca, el grillo, la paloma, el camello, la tortuga, el caballo, el elefante y el pingüino se detuvieron y miraron el río que había hecho la lluvia.



Santiago puso el triciclo en marcha y se encontró con una jirafa, un loro, un cordero, un león, un mono y una cigüeña y le preguntaron:

—¿A dónde vas, Santiago?

Y Santiago respondió:

—Estoy dando la vuelta alrededor del mundo.

—¿Podemos ir los seis?

—Sí, vengan.

Y la jirafa, el loro, el cordero, el león, el mono y la cigüeña se pusieron detrás del camello, la tortuga, el caballo, el elefante, el pingüino, la hormiga, la vaca, el grillo, la paloma, el gallo, el conejo y el caracol que iban detrás del perro y el gato.



Santiago siguió pedaleando y frenó el triciclo para ver un molino. Todos miraron el molino.

–Está quieto –dijo el caballo–. No mueve las aspas.

–No mueve las aspas porque no hay viento –dijo el gallo.

–Es inútil –se lamentó la hormiga–. Por más que me ponga en puntas de pie jamás podré ver un molino. Está muy alto.

Y la jirafa le dijo a la hormiga:

–Lo verás subiéndote sobre mi cabeza.



La jirafa inclinó el cuello y apoyó la cabeza a un lado del triciclo: la hormiga avanzó unos pasos y subió por la frente de la jirafa. Entonces la jirafa levantó el cuello y desde lo alto exclamó la hormiga:

—¡Qué hermoso es un molino! Nunca había visto un molino.

La jirafa encogió el cuello, bajó la cabeza a ras del suelo y la hormiga volvió a pisar la tierra. Y cuando la hormiga se puso en fila, detrás de la vaca, Santiago siguió pedaleando y al llegar a la puerta de su casa frenó el triciclo y dijo:

—Hemos dado la vuelta alrededor del mundo.

Y allí se despidieron. Unos se fueron caminando; otros, volando.

Santiago entró en su casa. Había dado la vuelta alrededor de la manzana.



CUENTO QUE SE VUELVE A CONTAR

Una vez, a un rey
le regalaron un buey
a un doctor
un tambor
a un panadero
un sombrero
a un elefante
un guante
a un gato
un zapato
y a un ratón
un león.
El rey se fue con el buey
el doctor con el tambor
el panadero con el sombrero
el elefante con el guante
el gato con el zapato y el ratón
no sabía qué hacer con el león.

Y se preguntaba:
—¿Qué hago yo con un león?



Una mañana sonó el timbre en la cueva del ratón.

¡Trin! ¡Trin! ¡Trin!

El ratón abrió la puerta. Se encontró con un hombre de largos bigotes, sombrero de fieltro, botas y un látigo en la mano.

—Señor, ¿qué desea? —preguntó el ratón sin salir de la cueva.

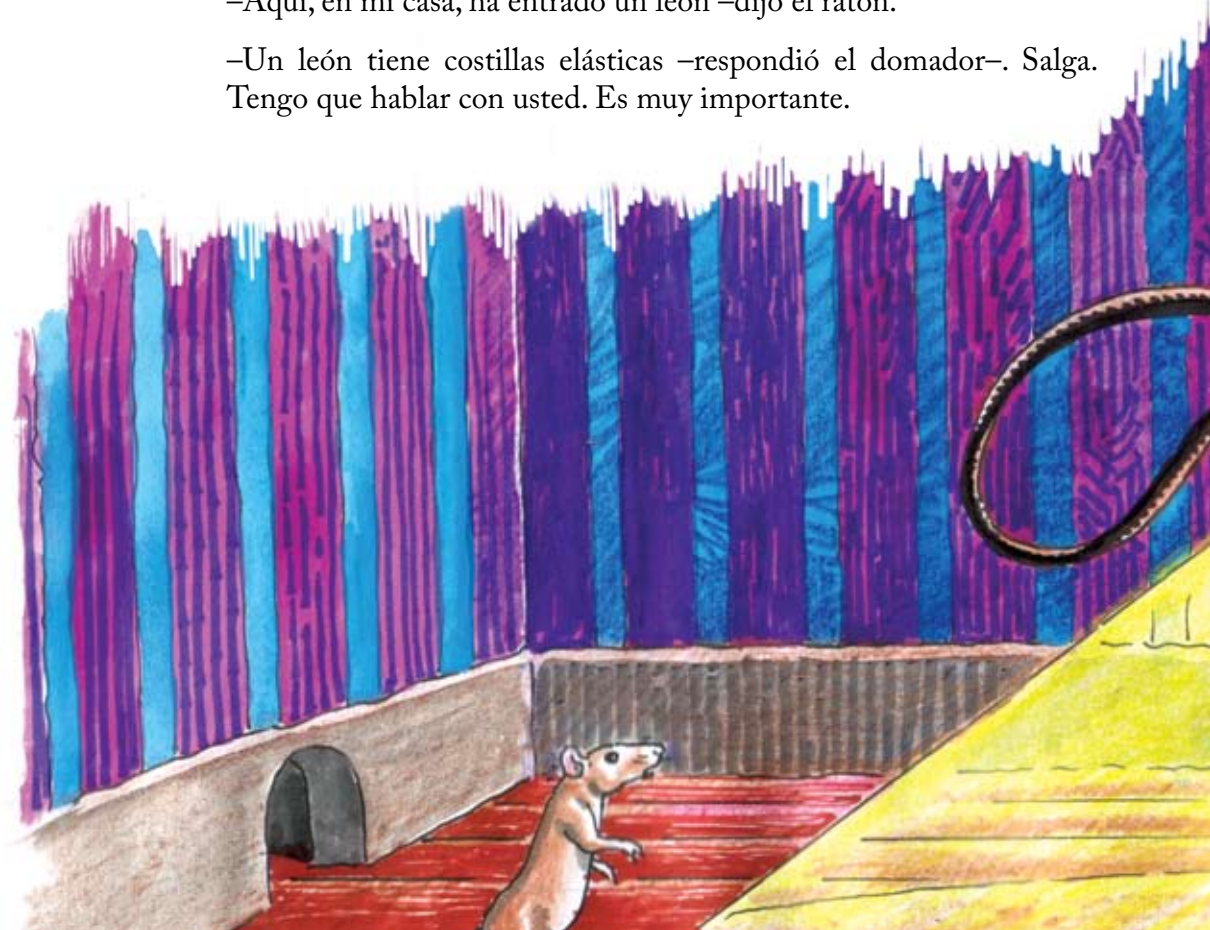
—Soy el domador Teuco Porras —se presentó el hombre quitándose el sombrero de fieltro y agregó: —El dueño del circo más grande del mundo. Un servidor de usted, señor ratón.

—Pase —dijo el ratón.

—No puedo pasar. No entro por el agujero de una cueva —respondió el domador.

—Aquí, en mi casa, ha entrado un león —dijo el ratón.

—Un león tiene costillas elásticas —respondió el domador—. Salga. Tengo que hablar con usted. Es muy importante.



El ratón salió de la cueva. Miró al domador. Lo miró de pies a cabeza. El dueño del circo más grande del mundo tenía botas, un cinturón de cuero, un chaleco a cuadros, un sombrero de fieltro en la mano derecha, un látigo en la mano izquierda, filosos bigotes de domador y un mechón de pelo sobre la frente.



—Hable —dijo el ratón.

—Vengo a comprarle el león —dijo el domador.

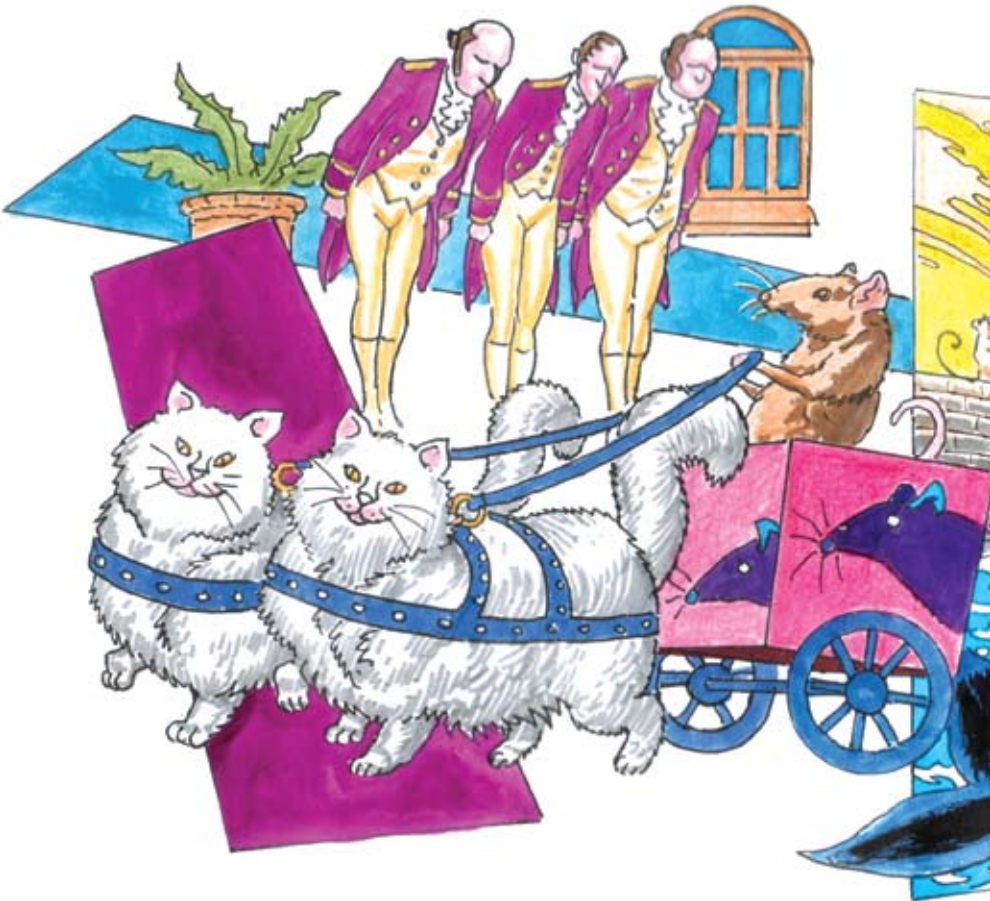
—No le puedo vender el león —respondió el ratón—, porque me lo regalaron. Fue un regalo. El rey no vendió el buey, ni el doctor el tambor, ni el panadero el sombrero, ni el elefante el guante, ni el gato el zapato. Por lo tanto, no le puedo vender el león.

—Entonces —dijo el domador—, ¿por qué usted no trabaja en mi circo con el león?

—¿Yo?

—Sí, usted.

—Y yo —preguntó humildemente el ratón—, ¿qué puedo hacer en su circo con mi león?



El domador se puso el látigo en la sien y pensó:

–Usted –respondió– puede ser el domador del león.

–¿Yo?

–Sí. Usted haría en mi circo el maravilloso espectáculo. “El ratón domador de un león”. Y va a ganar mucho dinero. Miles, centenares de miles. Millones. Va a ser el ratón más rico del mundo. Va a tener una carroza tirada por gatos de Angora. Va a tener quesos enormes con agujeros más grandes que su cueva. Una caña para pescar ballenas. Un cañón atómico para destruir ratoneras. Una radio portátil y tres televisores: uno para la mañana, otro para la tarde y otro para la noche. Va a tener luz eléctrica en los subterráneos de su mansión, ascensores, personal de servicio, aire acondicionado, música ambiental, teléfonos. Todo.



El domador se puso el sombrero de fieltro.

—¿Qué le parece?

—Me parece bien —respondió el ratón—. Acepto.

—Perfecto —dijo el domador y añadió: —Para ese espectáculo tan importante, usted tendrá que llevar una capa con lentejuelas y un bonete.

—¿Yo?

—Sí, usted. Pero no se preocupe. En mi circo hay sastres y sombrereros para osos, focas, monos, pulgas y camellos. Eso corre por mi cuenta. Ahora quiero ver al león. ¿Puedo verlo?

—Sí, señor, ahora mismo.

El ratón abrió la puerta de la cueva. Silbó y salió el león. Un hermoso león. El domador, al verlo, dio un paso atrás. Hizo sonar el látigo en el aire. El león mostró los dientes.

—¡Cuidado! —dijo el ratón al domador—. Use el látigo como si fuera un bastón.



El domador bajó el látigo y lo apoyó en el suelo.

–Salúdelo –dijo el ratón al domador–. Dígale: “Buenas tardes, amigo mío”. Sonríale.

El domador sonrió. Se quitó el sombrero y le dijo al león:

–Buenas tardes, amigo mío.

El león respondió el saludo inclinando la cabeza.

–Es joven y bellísimo –dijo el domador al ratón–. Haremos un gran espectáculo. Será un éxito. Mañana, por la mañana, los espero en el circo.

Volvió a quitarse el sombrero y se despidió.

–Hasta mañana.

–Hasta mañana –respondió el ratón.

El domador se puso el sombrero y salió apoyándose en el látigo como si fuera un bastón.



Al día siguiente el ratón y el león fueron al circo. En el despacho del domador firmaron un contrato. Llegaron el sastre y el sombrerero. Traían un centímetro colgado del cuello, un lápiz y un cuaderno. El sastre y el sombrerero se arrodillaron. Tomaron las medidas de la cabeza, del pecho y de la cintura del ratón y las anotaron en el cuaderno.

Después el domador les mostró la pista del circo. Y señalando una jaula sobre cuatro ruedas le dijo al ratón:

—Esta es la jaula para el león. Hágalo pasar.



El león abrió la puerta de la jaula. Entró. Cerró la puerta y se sentó. El ratón dio un salto, pasó por entre los barrotes de la jaula y se sentó al lado del león.

—Yo me quedaré con él —dijo.

—Muy bien —respondió el domador—. Más tarde vendrán a probarle la capa y el bonete. Y a las doce en punto les servirán el almuerzo. Usted, ¿qué desea comer?

—Queso. Con preferencia corteza de parmesano.

—¿Y el león?

—Gatos. Cuantos más gatos mejor.

—Perfecto —dijo el domador, y agregó: —Ensayen. El próximo domingo será el estreno.



Y llegó el domingo. Desde muy temprano un camión con un altoparlante salió a recorrer la ciudad. Se detenía en las esquinas para anunciar el espectáculo:

*Hoy, en el circo más grande del mundo,
dos funciones: tarde y noche. Lo nunca visto:
un ratón domador de un león.*



Se agotaron las localidades. No cabía ni un alfiler en los palcos, en las plateas, en las galerías.

Comenzó la función con la música de la banda. Después los payasos, el concierto del elefante pianista, osos y monos en bicicleta, equilibristas, trapeceistas, focas bailarinas y como último número, el ratón y el león. El ratón llevaba un bonete y una capa con lentejuelas. Lucharon y cada vez que caía el león, el ratón lo abanicaba con la cola.

El espectáculo fue maravilloso. Aplausos en los palcos, en las plateas, en las galerías. El ratón saludó quitándose el bonete. Brillaban las lentejuelas de la capa. El león se arrodilló y la melena le cubrió los ojos.



Al día siguiente el domador le dijo al ratón:

–Lo felicito. Su número fue extraordinario. Un éxito total. Aquí tiene.

Y le dio varios billetes de cien, de mil y de cinco mil.

–Señor –dijo el ratón–, no quiero el dinero así. Déme monedas. Todos con monedas redondas y sonoras.

–¿Y para qué quiere tantas monedas?

–Para dejarlas debajo de la almohada donde los niños ponen sus dientes de leche.

El domador se quedó pensando y dijo:

–Cuando se cayó mi primer diente de leche, recuerdo que esa noche lo puse debajo de la almohada. Y al día siguiente, al despertar, encontré unas monedas. ¿Usted me dejó esas monedas?

–No señor; quizá fue mi abuelo.





Y aquí termina el cuento que empezaba así:

Una vez, a un rey
le regalaron un buey
a un doctor
un tambor
a un panadero
un sombrero
a un elefante
un guante
a un gato
un zapato
y a un ratón
un león.
Y se vuelve a contar:
Una vez...



LOS SUEÑOS DEL SAPO

Una tarde un sapo dijo:

–Esta noche voy a soñar que soy árbol.

Y dando saltos, llegó a la puerta de su cueva. Era feliz; iba a ser árbol esa noche.

Todavía andaba el sol girando en la rueda del molino. Estuvo un largo rato mirando el cielo. Después bajó a la cueva, cerró los ojos y se quedó dormido.

Esa noche el sapo soñó que era árbol.



A la mañana siguiente contó su sueño. Más de cien sapos lo escuchaban.

—Anoche fui árbol —dijo—; un álamo. Estaba cerca de unos paraísos. Tenía nidos. Tenía raíces hondas y muchos brazos como alas; pero no podía volar. Era un tronco delgado y alto que subía. Creí que caminaba, pero era el otoño llevándome las hojas. Creí que lloraba, pero era la lluvia. Siempre estaba en el mismo sitio, subiendo, con las raíces sedientas y profundas. No me gustó ser árbol.

El sapo se fue; llegó a la huerta y se quedó descansando debajo de una hoja de acelga.

Esa tarde el sapo dijo:

—Esta noche voy a soñar que soy río.



Al día siguiente contó su sueño. Más de doscientos sapos formaron rueda para oírlo.

—Fui río anoche —dijo—. A ambos lados, lejos, tenía las riberas. No podía escucharme. Iba llevando barcos. Los llevaba y los traía. Eran siempre los mismos pañuelos en el puerto. La misma prisa por partir, la misma prisa por llegar. Descubrí que los barcos llevan a los que se quedan. Descubrí también que el río es agua que está quieta; es la espuma que anda; y que el río siempre está callado, es un largo silencio que busca las orillas, la tierra para descansar. Su música cabe en las manos de un niño; sube y baja por las espirales de un caracol. Fue una lástima. No vi una sola sirena; siempre vi peces; nada más que peces. No me gustó ser río.

Y el sapo se fue. Volvió a la huerta y descansó entre cuatro palitos que señalaban los límites del perejil.

Esa tarde el sapo dijo:

—Esta noche voy a soñar que soy caballo.



Y al día siguiente contó su sueño. Más de trescientos sapos lo escucharon. Algunos vinieron de muy lejos para oírlo.

—Fui caballo anoche —dijo—. Un hermoso caballo. Tenía riendas. Iba llevando un hombre que huía. Iba por un camino largo. Crucé un puente, un pantano; toda la pampa bajo el látigo. Oía latir el corazón del hombre que me castigaba. Bebí en un arroyo. Vi mis ojos de caballo en el agua. Me ataron a un poste. Después vi una estrella grande en el cielo; después el sol; después un pájaro se posó sobre mi lomo. No me gustó ser caballo.

Otra noche soñó que era viento. Y al día siguiente, dijo:

—No me gustó ser viento.

Soñó que era luciérnaga, y dijo al día siguiente:

—No me gustó ser luciérnaga.

Después soñó que era nube, y dijo:

—No me gustó ser nube.

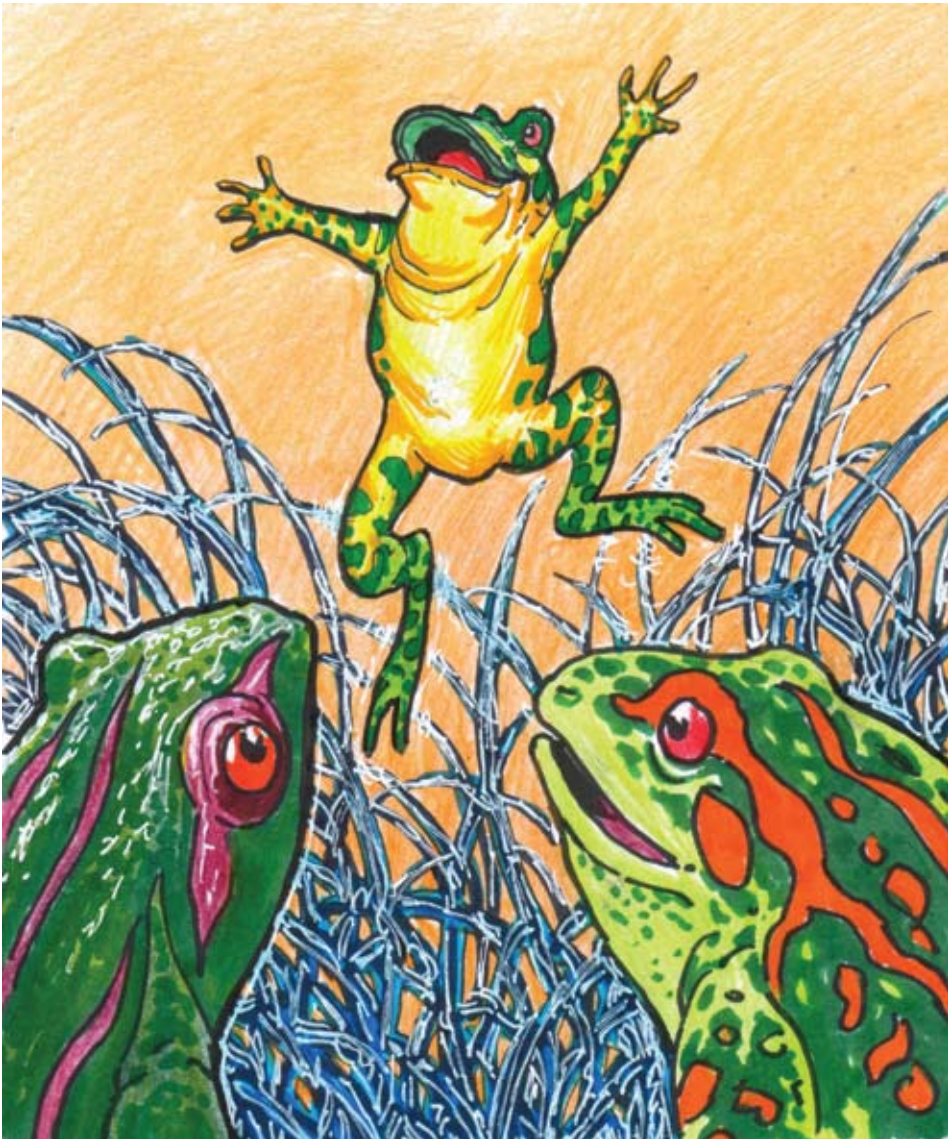


Una mañana los sapos lo vieron muy feliz a la orilla del agua.

–¿Por qué estás tan contento? –le preguntaron.

Y el sapo respondió.

–Anoche tuve un sueño maravilloso. Soñé que era sapo.



EL VIEJO TITIRITERO Y LA MUERTE

Salió de su casa con el teatro al hombro. Iba silbando como todos los domingos y en el camino lo atajó la Muerte. Entonces, el titiritero sacó del bolsillo un títere casi tan viejo como él. Era el Anunciador. Lo calzó en la mano derecha –su acostumbrado cuerpo, su piel– y con la voz del Anunciador le dijo a la Muerte:

–Respetable señora, le ruego espere unos minutos. Él –y señaló al titiritero– jamás llegó tarde a hacer un espectáculo y quiere justificarse. ¿Comprende?

La Muerte dio un paso atrás.

El viejo titiritero guardó el títere en el bolsillo. Cruzó la calle. En la esquina había un teléfono público. Metió una moneda en la ranura, marcó un número y dijo:

–Habla el titiritero para disculparse. Hoy no puede hacer la función.

Volvió a cruzar la calle con el teatro al hombro. Sabía quién lo estaba esperando en la vereda de enfrente.



EL VENDEDOR DE GLOBOS

PERSONAJES

ANUNCIADOR

VENDEDOR DE GLOBOS

UÑOSO

ANUNCIADOR: *(Apenas abriendo el telón.)* Público, respetable público. Damas, caballeros y niños. En esta obra actuarán dos personajes: el Vendedor de globos y el Uñoso. Y al final verán cómo vuelan los globos entre los pájaros y las ramas de los árboles. Y el que tenga suerte podrá volar agarrado al hilo de un globo. Y ahora, damas, caballeros y niños, silencio y atención. Ya está en el parque el Vendedor de globos y cuando él llega debo marcharme a toda prisa. *(Desaparece y se abre el telón.)*



(Un parque. EL VENDEDOR DE GLOBOS termina de colgar varios globos de la rama de un árbol. Lleva una camisa a cuadros y un sombrero de paja.)

VENDEDOR: *(Pregonando.)* ¡Globos! ¡Globos! ¡Globos!

UÑOSO: *(Aparece sorpresivamente por la izquierda embozado en una capa. Tiene las uñas exageradamente largas y filosas.)* Voy a pinchar con mis uñas todos tus globos.

VENDEDOR: ¡No! ¡No! A mis globos, no.

UÑOSO: ¡Sí! ¡Sí! A tus globos, sí.

VENDEDOR: ¿Y por qué?

UÑOSO: Me divierte.

VENDEDOR: ¿Y por qué no se divierte haciéndose cosquillas?

UÑOSO: No, eso no me divierte. Me divierte pinchar globos. Pincharlos y reventarlos. *(Emite el sonido de un globo que revienta y se desinfla.)* ¡Pum! ¡Chiss!

VENDEDOR: Si le gusta pinchar globos, ¿por qué no pincha el globo terráqueo?

UÑOSO: Porque no puedo. Sería maravilloso, pero no puedo. Además me da miedo.

VENDEDOR: Ese globo sí que haría ruido. ¡Y qué ruido! ¡Pum! ¡Pum! ¡Chiss!

UÑOSO: Y se desinflarían las montañas, los mares, las nubes, las ciudades, el viento. ¡Chissss! ¡Chissss! Me alegra y al mismo tiempo me aterroriza. *(Acercándose al árbol donde están los globos.)* No puedo con la tentación. Voy a pinchar tus globos.

VENDEDOR: *(Deteniéndolo.)* No, mis globos, no.



- UÑOSO:** Entonces te pincho a ti. (*Esgrimiendo las uñas.*) Te pincho la barriga.
- VENDEDOR:** No, a mí, no. Ni a mis globos ni a mi barriga.
- UÑOSO:** Sí, a ti, sí. Te pincho la barriga y te desinflas. ¡Chissss! No tendrás frente ni perfil. Serás pura orejas. Estarás tendido en el suelo, pequeño y arrugado como un pañuelo que se cae de un bolsillo. Y te van a pisar todos los que caminan por el parque.
- VENDEDOR:** ¡No! ¡No! Quiero tener frente y perfil. No quiero ser solamente orejas y un pañuelo arrugado que se cayó de un bolsillo y lo pisotean.
- UÑOSO:** (*Señalando los globos.*) Entonces pincharé los globos. Los pincharé a uno por uno y ¡Pum! ¡Chissss!
- VENDEDOR:** (*Tratando de engañar y atemorizar al UÑOSO.*) ¡Mire! (*Señala hacia la izquierda.*) ¡Mire! ¡Mire!
- UÑOSO:** (*Asustado.*) ¿Dónde? ¿Qué?
- VENDEDOR:** (*Vuelve a señalar hacia la izquierda.*) ¡Allí! ¡Allí! Ese árbol por donde baja un enorme gato. Es un gato gatuno. Mírelo. Tiene ojos de fuego y la lengua es una ondulante llamarada. ¡Y qué dientes enormes! (*Imita el maullido de un gato.*) Miau... Miau...
- UÑOSO:** (*Mirando hacia la izquierda.*) No hay dudas. Es un gato. Un gato gato gatuno.
- VENDEDOR:** Vaya. Pínchelo. Desínflelo.
- UÑOSO:** (*Retrocediendo.*) No. No me atrevo a acercarme. Me da miedo.
- VENDEDOR:** (*Mirando hacia la izquierda.*) No es un gato. Es un perro. (*Imita el ladrido de un perro.*) ¡Guau...! ¡Guau...!
- UÑOSO:** No hay dudas. Es un perro.

- VENDEDOR:** *(Imitando al mismo tiempo el ladrido de un perro y el maullido de un gato.)* ¡Guau! ¡Miau! ¡Miau! ¡Guau! ¿Es un gatoperro o es un perrogato?
- UÑOSO:** *(Tremendamente asustado.)* Es un gatoperro. Yo lo vi.
- VENDEDOR:** No es un gatoperro ni es un perrogato. Es una araña descalza con barba y un cuchillo. Mire. Mire. Sí. Es un gatoperro y se acerca, se acerca...
- UÑOSO:** Sí. Se acerca. Yo me voy. No resisto más. Sálvese quién pueda. *(Sale por la izquierda y desaparece.)*
- VENDEDOR:** *(Mirando por donde salió el UÑOSO. Ríe y vuelve a preguntar.)* ¡Globos! ¡Globos! *(Camina hacia la derecha.)* ¡Globos! ¡Globos! ¿Qué pasa? ¿No hay nadie en el parque? *(Va hacia la izquierda.)* ¡Globos! ¡Globos!
- UÑOSO:** *(Aparece por la izquierda ocultándose en la capa. Habla en voz baja.)* Y, ¿quién era?
- VENDEDOR:** *(Al oído del UÑOSO separando las sílabas.)* Un ga-to-pe-rro.
- UÑOSO:** ¡Un gatoperro! ¡Un gatoperro!
- VENDEDOR:** Sí. *(En voz baja.)* El gatoperro les tiene miedo a los globos.
- UÑOSO:** *(También en voz baja.)* ¿Y ahora dónde está?
- VENDEDOR:** Volvió a subir al árbol.
- UÑOSO:** Quizás esté escondido. *(Abre la capa y muestra un largo collar.)*
- VENDEDOR:** *(Señalando el collar.)* ¿Y ese collar? No lo había visto antes.
- UÑOSO:** Me extraña. Siempre llevo un collar y a veces dos y a veces tres y cuatro también.
- VENDEDOR:** Probablemente lo tapaba la capa. ¿Y de qué es el collar?
- UÑOSO:** De botones. De botones encontrados. Todos son encontrados. Tengo centenares, millares de botones.

VENDEDOR: Le regalo un globo. Huyen los gatoperros cuando ven un globo. Le tienen miedo. Terror. Además puede volar con un globo y desde lo alto verá botones perdidos en la calle, en los jardines, en los parques, en las azoteas.

UÑOSO: Volar y ver botones fue el sueño de mi vida.

VENDEDOR: Entonces no pinchará más globos, ¿no es cierto?

UÑOSO: Jamás.

VENDEDOR: ¿Y por qué no se corta las uñas?

UÑOSO: Siempre me las corto, pero vuelven a crecer. Cuando las corto de noche, crecen de día y cuando las corto de día, crecen de noche.

VENDEDOR: ¿Y si las corta por la tarde?

UÑOSO: Francamente no había pensado en eso. Voy a cortarlas por las tardes. Quizás no crezcan.

VENDEDOR: *(Toma un globo y se lo da al UÑOSO.)* Y ahora, ¡a volar! ¡A volar!

UÑOSO: *(Tomando el globo.)* ¡A volar! *(Abraza al globo y sale volando.)*

VENDEDOR: *(Recoge los globos. Se acerca al proscenio y los suelta. Retiene un globo en las manos y habla mientras los globos suben por la platea.)* ¡A volar! ¡Todos a volar! Y yo también ¡a volar! *(Abraza al globo y sale volando.)*

TELÓN

VIDA, PASIÓN Y MUERTE DE LA VECINA DE ENFRENTÉ

PERSONAJES

DOÑA GALLITO
SEÑORITA JUANITA
EL POETA
EL SASTRE
EL PELUQUERO
EL MATEMÁTICO
EL PORTERO
EL LORO



Un corredor. Seis ventanas de una casa de departamentos. Cada ventana corresponde a un vecino. Son las siete de la mañana. Al levantarse el telón se escucha la música de un piano desafinado y la voz chillona de DOÑA GALLITO que canta un fragmento de ópera. Al mismo tiempo se cierran violentamente cinco ventanas. DOÑA GALLITO continúa cantando. De golpe, se abren las ventanas y se asoman los vecinos: la SEÑORITA JUANITA (con un sombrero de paja, dos parches rojos en las mejillas y EL LORO sobre un hombro), EL POETA (una larga melena y una corbata voladora), EL MATEMÁTICO (calvo, con barba y anteojos), EL SASTRE (muy gordo, lleva un centímetro anudado al cuello), EL PELUQUERO (largos bigotes y un peine en los cabellos). Chistan y desaparecen. Los cinco vecinos vuelven a asomarse y chistar. DOÑA GALLITO seguirá cantando y tocando el piano mientras hablan los demás personajes.

EL POETA: ¡Es inaudito!

EL SASTRE: ¿Cómo ha dicho?

EL POETA: ¡Es i-nau-di-to!

EL SASTRE: Tiene razón. Es inaudito.

EL LORO: ¡Inaudito! ¡Inaudito!

EL POETA: *(Golpeando con los puños en el marco de la ventana.)* ¡Esto es el colmo! ¡El colmo! ¡Son las siete de la mañana! ¡Doña Gallito, por el amor de Dios, cálese!

EL MATEMÁTICO: Deberíamos quejarnos a la policía.

EL PELUQUERO: Merece el desalojo.

SEÑORITA JUANITA: Esa mujer está loca.

EL LORO: ¡Loca, reloca, de pimiriloca!

EL SASTRE: Vamos a llamar al portero. *(Llamando.)* ¡Don Pepe! ¡Don Pepe!

EL LORO: Don Pepe, repepe, de pimiripepe.

(Entra EL PORTERO. Es alto; lleva un saco azul con botones dorados y un cepillo al hombro.)

EL PORTERO: *(Con voz de mando.)* ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

EL PELUQUERO: ¿Y pregunta qué pasa? ¿No tiene oídos?

EL MATEMÁTICO: ¿No escucha, don Pepe, esos gritos desaforados de Doña Gallito?

SEÑORITA JUANITA: Se ha vuelto loca, loca de remate, loca de atar.

EL LORO: ¡Loca, reloca, de pimiriloca!

EL POETA: Por favor, don Pepe, hágala callar.



EL PORTERO: ¿Yo?

EL MATEMÁTICO: Sí, señor, usted.

EL SASTRE: Es su deber.

EL PELUQUERO: Su obligación.

EL POETA: ¿Acaso no es usted el portero?

EL PORTERO: Y a mucha honra.

EL POETA: El portero en una casa de departamentos es como el capitán en un barco. Él manda. Todos le debemos obediencia y respeto.

EL PORTERO: Así es.

EL MATEMÁTICO: Entonces, hágala callar, don Pepe.

SEÑORITA JUANITA: Imponga su autoridad. ¡Llámela!

EL LORO: ¡Loca, reloca, de pimpliloca!

EL POETA: Son las siete de la mañana. No es hora de cantar.

EL SASTRE: ¡Llámela, don Pepe!

EL PORTERO: *(Llamando.)* ¡Doña Gallito! ¡Doña Gallito! *(Golpea la ventana con el cepillo.)* ¡Cállese!

EL MATEMÁTICO: Esa mujer con su canto y su piano no deja trabajar. No se puede sumar ni restar.

EL SASTRE: Ni cortar.

EL PELUQUERO: Ni afeitarse.

EL POETA: Ni rimar.

SEÑORITA JUANITA: *(Suspirando.)* Ni soñar.

EL PORTERO: Ni fregar. *(Enérgico.)* ¡Doña Gallito! ¡DOÑA GALLITO!

(Se asoma a la ventana DOÑA GALLITO. Es flaca, con un largo cuello de alambre como resorte y una verruga en la punta de la nariz.)

DOÑA GALLITO: ¿Me llamaba, don Pepe?

EL LORO: ¡Loca, reloca, de pimiriloca!

DOÑA GALLITO: *(Indignada.)* Ese loro me ofende, don Pepe. Haga callar a ese loro.

EL LORO: ¡Loca, reloca, de pimiriloca!

DOÑA GALLITO: *(Al LORO)* ¡Insolente!

EL PORTERO: *(A DOÑA GALLITO)* Usted no puede cantar. Porque usted y su piano...

DOÑA GALLITO: *(Al PORTERO)* ¿Que no cante? ¿Quién es usted para pedir semejante imposible?

EL PORTERO: ¡El portero!

EL SASTRE: *(A DOÑA GALLITO)* Se lo pedimos todos los vecinos.

EL PELUQUERO: Todo el barrio.

EL POETA: No cante más, Doña Gallito. Cultive un arte más silencioso.

DOÑA GALLITO: *(Declamatoria.)* ¡Ay! Si no canto me muero.

EL POETA: *(En el mismo tono.)* ¡Ay! Si usted canta nos mata.

EL LORO: ¡Loca, reloca, de pimiriloca!

DOÑA GALLITO: *(A SEÑORITA JUANITA)* Señorita Juanita: si su loro no retira las palabras que acaba de pronunciar, me veré obligada a retorcerle el pescuezo.

SEÑORITA JUANITA: Mi loro es un loro inteligente. Estudió en una Escuela por Correspondencia. Fue el mejor alumno. Sabe lo que dice.

- DOÑA GALLITO:** *(Al PORTERO)* ¿Escuchó, don Pepe? ¿Escuchó lo que acaba de decir esa solterona?
- SEÑORITA JUANITA:** *(Indignada, cruzando las manos sobre el pecho.)* ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Llamarme solterona esa vieja que puede ser mi abuela! Si estoy soltera se lo debo a ella. Mi novio, un distinguido farmacéutico, dejó de visitarme por no oír sus chillidos. No me casé por su piano y su canto.
- EL LORO:** Por ella estamos solteros. ¡Loca, reloca, de pimpiriloca!
- SEÑORITA JUANITA:** *(Al PORTERO)* Don Pepe, hágase respetar. Es usted el portero.
- EL PORTERO:** *(Enérgico.)* ¡Basta de discusiones y de gritos! ¡Usted no seguirá cantando, y se acabó!
- DOÑA GALLITO:** *(Enérgica.)* Yo seguiré cantando. ¡Y se acabó! *(Desaparece. Vuelve a sonar el piano. Canta.)*
- EL POETA:** *(Al PORTERO)* Don Pepe, hágala callar. Con sus gritos no puedo rimar. ¡Oh! Mi musa inspiradora huye aturdida. Mis versos quedan trancos. Ayer estaba escribiendo un soneto y perdí la palabra consonante. Me derrumbó el soneto. Había escrito: “La esdrújula pasión...”.
- EL LORO:** *(Interrumpiendo al POETA)* Corazón... Corazón...
- EL POETA:** *(Interrumpiendo al LORO)* ¡Milagro! ¡Milagro! Señorita Juanita, su inspirado loro acaba de darme la palabra justa, precisa, exacta. Ya tengo el soneto. Présteme su loro. Permita usted, ¡oh, dulce criatura!, que esa ave celestial, ese genio emplumado colabore conmigo. Juntos podemos hacer el más hermoso libro de sonetos.
- SEÑORITA JUANITA:** *(Al POETA)* Mi loro estudió por correspondencia. Es profesor diplomado. Puede ejercer en cualquier escuela de nuestro país. En cualquier Universidad. Tiene un diploma.



EL MATEMÁTICO: *(Señalando la ventana de DOÑA GALLITO)* Esa mujer me enloquece. *(Al PORTERO)* Don Pepe, ¡hágala callar! Dígame, por favor, ¿cuántos son dos más dos?

EL PORTERO: *(Al MATEMÁTICO)* Cuatro.

EL MATEMÁTICO: Exactamente, cuatro. Y por culpa de Doña Gallito, sumé seis. Esa mujer es mi ruina.

EL SASTRE: Y la mía, don Pepe. Desde que vive en esta casa y la escucho cantar, no me obedece la tijera. Pierdo el hilo y la aguja. Hago chalecos con mangas y pantalones sin bolsillos. Me voy quedando sin clientes. Y todo por ella, por su piano y su canto. ¡Desalójela!

EL PELUQUERO: Sí, desalójela. Y si no la desaloja, arránquele la lengua y córtela las manos. Mi peluquería “El Rostro Peludo” ha perdido el viejo y bien ganado prestigio. Y Doña Gallito es la culpable. Por ella, por su maldito piano y por su voz chillona de cotorra...

SEÑORITA JUANITA: *(Interrumpiendo al PELUQUERO)* Mida sus palabras, señor Peluquero, y no ofenda a las cotorras que son primas hermanas de mi loro. Y cuando mi loro colabore con el señor poeta, será todo un caballero de pluma y tintero. Sea más fiel en la expresión. Diga que tiene voz de marrana. Sí, de marrana. *(Dirigiéndose al PORTERO)* Don Pepe, desalójela; se lo pide el amor.

EL SASTRE: Y la elegancia.

EL PELUQUERO: Y la belleza.

EL MATEMÁTICO: Y la ciencia.

EL POETA: Y el arte.

EL PORTERO: *(Enérgico.)* ¡Cállese, Doña Gallito! ¡Si no se calla, la desalojo!

SEÑORITA JUANITA: *(Aplaudiendo.)* ¡Muy bien, don Pepe!

- EL LORO:** ¡Don Pepe, repepe, de pimiripepe!
- EL PORTERO:** ¡Doña Gallito! No me haga perder los estribos. ¡Cállese! ¿Se va a callar?
- DOÑA GALLITO:** *(Asomándose a la ventana. Estira el cuello más de medio metro.)*
¡No! ¡No! ¡Y no!
- EL PORTERO:** *(Amenazándola con el cepillo.)* ¡Obedezca!
- EL SASTRE:** Así me gusta, don Pepe.
- DOÑA GALLITO:** ¡No! ¡No! ¡Y no!
- EL PORTERO:** ¡Cállese! *(DOÑA GALLITO sigue cantando.)* Yo no respondo por mi cepillo.
- EL MATEMÁTICO:** ¡Péguele!
- EL PELUQUERO:** ¡Déle sin lástima!
- EL POETA:** ¡Con el cepillo!
- EL LORO:** ¡Perejil! ¡Perejil para la loca, reloca, de pimiriloca!
- EL PORTERO:** ¡Ay, Doña Gallito! ¡Se me acabó la paciencia! ¡Ahora comienza a cantar mi cepillo!

EL PORTERO intenta pegarle con el cepillo a **DOÑA GALLITO**. **DOÑA GALLITO** esquiva el golpe. El cuello de alambre se estira y se contrae. Por momentos la cabeza llega hasta la cornisa de la terraza. **DOÑA GALLITO** no deja un instante de cantar. **EL PORTERO** la persigue desesperadamente. **EL MATEMÁTICO**, **EL POETA**, **EL PELUQUERO**, **LA SEÑORITA JUANITA**, **EL SASTRE** y **EL LORO** gritan y aplauden. Por fin alcanza a darle un certero golpe en la frente. Cae al patio la cabeza de **DOÑA GALLITO** unida al resto del cuerpo por dos metros de cuello. Todavía canta. **EL PORTERO** sigue castigando hasta que **DOÑA GALLITO** enmudece.

EL PORTERO: *(Tirando el cepillo.)* Se acabó. Está muerta.

EL POETA: No se preocupe, don Pepe. El loro y yo le haremos un epitafio.

TELÓN



